

LOS DESAFIOS DE LA HISTORIA EN CENTROAMERICA

*Víctor Hugo Acuña**

I

A fines de 1986 el profesor Ralph Lee Woodward, un destacado especialista estadounidense de la historia centroamericana, al hacer un balance de su desarrollo en el cuarto de siglo precedente, descubría la presencia de importantes progresos. En su opinión, en la producción historiográfica se notaba un avance de; profesionalismo y una retirada de; subjetivismo, del panegírico o la diatriba. Los progresos eran desiguales puesto cose en el balance salían favorecidas la historia colonial y la historia política convencional. Probablemente, su crítica más relevante se refería a la ausencia de estudios sobre el conjunto del Istmo y a la preponderancia de los análisis circunscritos a un sólo país. En fin, Woodward reconocía que la historiografía de la región era de calidad inferior en relación con la de otros países de América Latina. En este sentido, esto lo agregamos nosotros, la historia de Centroamérica prácticamente no existía o apenas era practicada por un puñado de especialistas en su casi totalidad no centroamericanos.

Héctor Pérez Brignoli, al comentar el citado balance, coincidía en sus principales observaciones críticas, pero agregaba además que las obras centroamericanas de historia adolecían de insuficiencias de interpretación y carecían de una perspectiva general comparativa. Peor aún, según este historiador, predominaba un uso poco imaginativo de esquemas teóricos importados o, para decirlo de una manera menos indirecta, el dogmatismo y el mecanicismo en la aplicación de esquemas de manuales esterilizaban los intentos de interpretación de nuestra historia. Posiblemente, Pérez Brignoli era más severo que Woodward pues insistía en que la historia centroamericana era poco rigurosa, es decir no suficientemente profesional, a pesar de los avances en dicha dirección encontrados por el académico estadounidense. Es posible que las críticas del colega de Costa Rica eludiesen más a los historiadores istmeños que a los centroamericanistas extranjeros. Es verdad que se ha gastado mucha tinta en nuestros países con el fin de polemizar sobre su supuesto carácter feudal o capitalista en las distintas etapas de su historia.

Hoy, casi siete años después de la elaboración de esos balances, podemos decir lo mismo: ha habido progresos, pero, persisten viejos problemas. Uno de los avances más visibles, que de seguro tendrá gran impacto regional y en el que, el suscrito y otros investigadores del Centro de Investigaciones Históricas de la, Universidad de Costa Rica tuvimos una activa participación, es la reciente publicación de la *Historia General de Centroamérica*, trabajo de síntesis preparado por FLACSO en Costa Rica y que contó con

* Profesor de la Escuela de Historia y Geografía de la Universidad de Costa Rica.

las contribuciones de más de una veintena de historiadores y otros científicos sociales centroamericanistas. Consta de seis volúmenes que cubren la evolución histórica del Istmo desde las primeras ocupaciones humanas, milenios atrás, hasta la elección de doña Violeta Chamorro como presidenta de Nicaragua. La obra presenta dos características que merecen destacarse: en primer lugar, es el resultado de un esfuerzo académico internacional puesto que en ella colaboraron centroamericanos con colegas de los Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña y, en segundo lugar, es un intento de historia del conjunto de la región y no una mera yuxtaposición del pasado de cada uno de los cinco países. En este sentido, *la Historia General de Centroamericana*, editada en España, representa un nuevo intento de construir Centroamérica como totalidad objeto de análisis y de valorar dicha sección de América Latina como un conjunto histórico-cultural, merecedor del estudio de una comunidad multinacional de investigadores.

Como es fácil de adivinar, esa obra fue expresión de la crisis de la región en la década pasada y del interés coyuntural de España por sus otrora colonias en el marco de los festejos del llamado Quinto Centenario. El decenio de 1980 ha dejado una abundante literatura centroamericanista apresurada o urgida, por razones políticas, por consideraciones de mercadeo editorial, particularmente en los Estados Unidos, o por el financiamiento de organismos de cooperación internacional para instituciones de la región. Claro está que también ha habido alguna producción sólida y rigurosa que ya constituye un valioso legado. Dicha herencia intelectual de los recientes tiempos de guerra está representada en especial por importantes tesis doctorales de jóvenes académicos extranjeros o centroamericanos que han estudiado en el exterior. Gracias a la crisis pasada muchas de ellas tuvieron el privilegio de convertirse en libros. Podemos citar, a mero título ilustrativo y sin pretensiones exhaustivas, el estudio de Héctor Lindo sobre la economía salvadoreña en el siglo XIX, el análisis de Marc Edelman sobre la economía latifundista en Guanacaste, la imaginativa tesis de Steven Palmer sobre la formación de la nación en Guatemala y Costa Rica y el libro de Jeffrey Gould sobre la historia de los movimientos populares en Nicaragua en el siglo XX. Igualmente, académicos ya establecidos escribieron en el decenio anterior importantes obras sobre historia centroamericano. Tal es el caso de Edward Bradford Burns con su historia de Nicaragua en el siglo XIX, el de Piero Gleijeses con su investigación sobre Guatemala entre 1944 y 1954 o el de Volker Wunderlich con su biografía social de Sandino. A propósito de las contribuciones recientes de los extranjeros a la historia centroamericana, queda la interrogante si tales personas permanecerán en su carrera académica como estudiosos de la región o si más bien emigrarán a otras tierras, ahora que el o no ocupa más las primeras planas de la prensa mundial y cuando se vuelve a hacer evidente que ser especialista de Centroamérica no comporta mucho prestigio en los medios académicos planetarios, quizás solo con la excepción de los mayólogos.

Los logros del último decenio no se deben exclusivamente a agentes externos. En efecto, a pesar de que la guerra recién por terminarse dificultó las tareas de investigación

histórica en casi todos los países, hubo algunos adelantos notables, particularmente en Costa Rica y, a pesar del terror, en Guatemala. En el primer país el camino hacia la profesionalización de la disciplina ha avanzado por medio de un constante desarrollo institucional tanto en la docencia como en la investigación. Costa Rica es quizás el único país centroamericano que ha sido mejor estudiado por sus propios historiadores que por los extranjeros. En relación con Guatemala el progreso ha sido más el resultado de la labor de valerosas personas aisladas, residentes en ese país o exiladas en el exterior, y de la circunstancia de que Guatemala atrae la mayor cantidad y los mejores especialistas extranjeros interesados en la región centroamericana. Entre los logros más importantes que merecen señalarse se encuentra la difusión más regular de revistas académicas de historia editadas en los distintos países. En fin, acontecimientos recientes como el Congreso Centroamericano de Historia celebrado en Honduras en julio de 1992 parecieran augurar próximos desarrollos de la disciplina. A esto quizás quepa agregar los esbozos de democratización en El Salvador y Guatemala que tal vez favorezcan un renacer de la vida intelectual y universitaria en esos países.

También debe reconocerse que en medio de la crisis se multiplicaron los diagnósticos sobre la Centroamérica contemporánea, merced al esfuerzo de algunas instituciones regionales de investigación y a la proliferación de distintas organizaciones no gubernamentales (ONG). Por supuesto, que los análisis de la historia reciente elaborados en la década de 1980 estuvieron condicionados por la óptica particular de la coyuntura de aquellos años y quizás los radicales cambios mundiales de los últimos cuatro años los hayan dejado más o menos obsoletos.

No obstante, los males diagnosticados hace menos de una década aún subsisten. Continúa siendo muy reducido el número de personas que, en el Istmo o fuera de él, puedan calzar con derecho y propiedad el apelativo de historiadores de Centroamérica. Al respecto es fácil censurar a los cultores istmeños de Clío ya que siguen estando totalmente condicionados por la ideología nacional de sus respectivos países. Empero, tal provincialismo es hasta cierto punto comprensible porque no han existido en la región ni las condiciones materiales, ni los marcos institucionales, ni los recursos financieros para hacer desde un país particular la historia de alguno o alguno de los otros. Sin embargo, la óptica 'nacionalista' de la historia centroamericana parece menos justificada en el caso de los especialistas extranjeros que por su misma situación cuentan con la perspectiva o la distancia y los recursos para abordarla con un enfoque regional. Tan aparentemente inexplicable debilidad es posible sea el resultado de dos condicionantes: por un lado, el peso objetivo de las particularidades nacionales centroamericanas tiende a imponerse sobre las percepciones y las agendas potenciales de investigación de los especialistas extranjeros; por otro lado, debemos reconocer que nuestros conocimientos tienen un nivel tan incipiente que el investigador serio se ve compelido a elaborar trabajos de base de tipo monográfico. En conclusión, la historia de Centroamérica como conjunto no termina de acabar de

emerger porque probablemente todavía no existen las condiciones necesarias para su nacimiento.

Exceptuando quizás su historia antigua o lo que se conoce tradicionalmente como historia precolombina, hasta la fecha continúa siendo cierto que las mejores investigaciones sobre la historia de América Central se refieren a la época colonial y al estudio de esa etapa se dedican una buena cantidad de personas competentes y calificadas. También entre los historiadores coloniales encontramos especialistas que abordan la historia en una perspectiva Istmica o que estudian un país distinto de; propio. Sin embargo, aquí otra vez tiende a predominar la historia nacional, a pesar de que para ese periodo esto es casi un contrasentido.

No obstante los avances, sigue siendo dominante la historia política en su versión convencional. Los historiadores centroamericanos que han ido renovando la disciplina han trabajado principalmente en los campos de la historia económica y social y mucho menos en la historia política. Esta rama sigue dominada por el discurso narrativo y un modo de explicación basado en la psicología del sentido común. Algunos cambios se observan en Costa Rica y en Guatemala, mediante intentos de aplicación de esquemas procedentes de la ciencia política y la sociología política, pero son todavía incipientes y no siempre convincentes. Los vacíos en este campo son aún enormes. Por ejemplo, de manera estereotipada se repite que el istmo ha estado dominado por opresivas dictaduras al servicio de las llamadas oligarquías durante la mayor parte de su historia republicana. Sin embargo, hasta la fecha carecemos de estudios adecuados sobre los principales dictadores que han asolado los distintos países desde Estrada Cabrera hasta Hernández Martínez. Tampoco sabemos exactamente quienes integraban esas oligarquías y como eran sus relaciones con los dictadores de quienes se servían. De igual modo, hasta la fecha continuamos usando lugares comunes en relación con los conflictos entre liberales y conservadores. En suma, desde el punto de vista histórico sabemos muy poco sobre la naturaleza y el funcionamiento del poder en Centroamérica durante la época posterior a la Independencia. En situación análoga se halla la historia de las instituciones estatales. Por ejemplo, a pesar de su peso determinante en el destino de estos países carecemos de adecuadas historias de sus instituciones militares y represivas. Tampoco conocemos a ciencia cierta cuál fue el impacto real de una de las principales promesas de; programa de los liberales es decir, el establecimiento de un sistema educativo público y laico. Con tales lagunas es imposible ir a buscar en la historia respuestas a nuestras dudas sobre los actuales intentos de democratización en América Central.

Posiblemente, los mayores logros de la historia en Centroamérica han ocurrido en el campo específico de la historia económica. Tales adelantos se han concentrado en aspectos de la época liberal y en el conocimiento de algunos países. En efecto, se puede sostener que los primeros cincuenta años de vida independiente en la región yacen en la bruma y que El Salvador es el país cuya historia permanece menos investigada. No obstante,

podemos afirmar que empezamos a conocer bastante sobre la historia del café en Centroamérica y también sobre los enclaves bananeros, es decir sobre los dos principales sectores de exportación de la región. El panorama se torna menos satisfactorio si pensamos en la producción agraria para el mercado interno, en la economía artesanal y manufacturera urbana, en sectores de exportación menos importantes que los antes citados o en un asunto tan relevante como las finanzas públicas. Victor Bulmer-Thomas ha reconstruido adecuadamente la evolución de las economías centroamericanas en los últimos setenta años, pero carecemos de un trabajo de conjunto similar para el período que va de la independencia hasta el final de la Primera Guerra Mundial. En suma, aún el sector más moderno y avanzado de la historiografía centroamericana se caracteriza por un desarrollo parcial e inacabado.

El sesgo "nacionalista" de nuestra historiografía no sólo ha dificultado el desarrollo de estudios de carácter centroamericano propiamente dicho sino que también ha borrado la especificidad y la misma existencia de las diferentes regiones al interior de los distintos países. Tal distorsión ha sido particularmente intensa en la historiografía costarricense que ha privilegiado el estudio del Valle Central en detrimento de las otras regiones que en el curso de la historia han ido integrándose en el espacio nacional de dicho país. Nicaragua posiblemente redescubrió su Costa Atlántica únicamente después de ciertas condiciones dolorosas y en dicho descubrimiento la contribución de investigadores extranjeros fue particularmente significativa.

En sentido estricto, lo que llamamos historia nacional de los respectivos países centroamericanos es una serie de generalizaciones construidas a partir de la historia de la región políticamente dominante.

Pero las situaciones de discriminación en la historia centroamericana no son exclusivamente de tipo regional pues también los encontramos de tipo social y étnico. En efecto, la historia de la región sigue siendo una historia de las clases altas y de las élites dirigentes. Para ser más exacto es la historia de los hechos militares y políticos de esos grupos sociales y de las instituciones políticas que han ido construyendo y dominando. Esta precisión es necesaria pues no tenemos una historia Social de esos sectores ni una historia de sus actividades empresariales. En todo caso nadie duda que esos grupos sociales existieron ni nadie les escatima su protagonismo. Este no es el caso de los indios, campesinos, artesanos, obreros y trabajadores en general que siguen estando ausentes o apenas ocupan los intersticios de las narraciones históricas. A medida que ha ido surgiendo el interés por la historia social, se han producido modificaciones en nuestros conocimientos sobre la historia de las clases populares y contamos ya con algunos estudios para casi todos los países. Sin embargo, debemos reconocer que las investigaciones sobre la historia de las clases -subalternas han tornado como modelo la historia política tradicional, tanto por su forma narrativa como por su intención celebrativa. Las nuevas maneras de hacer historia social y cultura; de los sectores populares apenas han comenzado a practicarse en nuestra

región. Los indios, los negros y otros grupos étnicos han estado ausentes en el lente del historiador y es sólo recientemente con el apoyo de los antropólogos que estamos empezando a descubrirlos. También apenas empiezan a balbucearse en nuestro medio la historia cultural, la historia de las mentalidades y la historia de la vida cotidiana. Las mujeres centroamericanas que ya han sido descubiertas como protagonistas de la historia contemporánea, todavía permanecen invisibles en las etapas anteriores de nuestra historia.

Determinadas precondiciones que se requieren en todo trabajo de investigación histórica aún están ausentes en el caso centroamericano. Carecemos de geografías actualizadas y de obras básicas de referencia tales como diccionarios biográficos y enciclopedias relativas a los países o al conjunto del Istmo, índices bibliográficos actualizados, síntesis modernas de las historias nacionales e incluso historias convencionales de la literatura, del arte y de las ideas. Para utilizar un término caído en desuso, el desarrollo de nuestra historiografía es de tipo desigual y combinado pues lo más moderno coexiste con lo más viejo y superado. Así, el crecimiento ha sido a saltos y por espasmos: un tema o un área no se completa porque el investigador o la investigadora cambia de interés y se traslada a otra temática o especialidad. Este fenómeno se observa en la historia económica que sin haber alcanzado su madurez está siendo desplazada por la historia social y cultural.

Es bastante obvio que el balance que estamos haciendo de la historiografía centroamericana tiene por punto de referencia el estado actual de esta disciplina en el ámbito internacional. Esto es así porque ya no es posible seguir desconociendo las profundas transformaciones que ha vivido la historia como disciplina después de aproximadamente 1930. Si hasta fechas recientes un cierto provincianismo era comprensible y también inevitable, en el presente y sobre todo en el futuro tal situación debe cambiar.

II

Probablemente, el reto, más fácil de discutir pero más difícil de resolver, que se le plantea hoy a la historiografía centroamericana es el que se refiere al sentido de su quehacer. Para los liberales la respuesta a esta pregunta era bastante clara. En efecto, para ellos la función de la historia era contribuir a legitimar los nacientes estados y a darle un sustento en el pasado a sus definiciones y pretensiones de tipo territorial. También la historia debía encargarse de construir o elaborar la identidad nacional de los individuos sometidos al poder de los respectivos entes estatales. En el último cuarto de siglo los historiadores comprometidos con o influidos por los movimientos revolucionarios agregaron al programa liberal de la historia la tarea de rescatar la memoria de las luchas populares y de contribuir a la forja de la identidad de esos sujetos, recién descubiertos como protagonistas principales de la liberación nacional y social. Como se puede suponer

estos programas "nacional" y "popular" para la historia no fueron inventados en Centroamérica sino que fueron característicos de la historia europea y latinoamericana. El problema actual es que en 1989 se cerró el ciclo de revoluciones iniciado en Francia en 1789 y también la era de las certezas construidas sobre distintas utopías del progreso o del carácter ascendente de la historia. En nuestros días ya no resulta tan fácil movilizar las conciencias con la ayuda de la historia para defender la patria o para luchar por el futuro promisorio de la clase oprimida a la que se pertenece. En suma, la función ética de la historia ya no es tan clara en nuestro tiempo. Al respecto tal vez haya una desfase entre Costa Rica y los otros países centroamericanos en donde el problema nacional aún no parece estar resuelto y los fuegos de las luchas revolucionarias apenas comienzan a apagarse. Pero tales restos de fervor no parecen tener mucho futuro en nuestro mundo tan lleno de miseria y desencanto. Es posible que algunos se refugien en la historia para evocar otros tiempos cuando la certidumbre era moneda corriente y para fugarse de las horas inciertas que hoy vivimos. También la referencia al pasado puede ponerse al servicio de proyectos reaccionarios u oscurantistas como los que subyacen en el resurgimiento del nacionalismo y la xenofobia en Europa. Otra alternativa es la simple y llana negación de la historia que encontramos, Por ejemplo, entre los neoliberales que reniegan o satanizan la historia de los últimos sesenta años de reformas sociales y de intervención del estado en las economías de casi todos los países del mundo y que creen que el futuro será igual al presente.

En todo caso, si no está claro para qué debe servir la historia, pienso que si es bastante obvio lo que debe hacerse con la práctica de esa disciplina en América Central. La tarea que tenemos por delante es la de continuar con su profesionalización. Esto significa dejar atrás el ejercicio de la historia de manera amateur o diletante, tanto en la forma de la historia "comprometida" como en la forma de la simple recopilación de información, sin crítica ni interpretación. Profesionalizar la historia significa formar personas que practiquen esta disciplina de modo especializado y según las normas internacionales hoy imperantes. También significa crear las condiciones materiales para que dicha actividad profesional sea posible; lo que implica modernizar los archivos y las bibliotecas de los distintos países. Igualmente, supone apropiarse de las nuevas tecnologías que se aplican en la investigación en ciencias sociales. Además, no puede profesionalizarse la historia si no se crean los respectivos foros académicos en cada uno de los países y para el conjunto de la región centroamericana.

Conviene aclarar que la profesionalización de la disciplina histórica no excluye una eventual colaboración con los historiadores aficionados. Estos pueden seguir haciendo útiles contribuciones en los ámbitos de la llamada microhistoria, las ciencias genealógicas e incluso la historia de regiones, empresas e instituciones. Empero, es importante subrayar que el canon de la práctica de la disciplina ya no debe estar dado por el quehacer de los aficionados a la historia o por sus cultores a la manera tradicional, ni sus avances deben

depender de ellos. Por el contrario, los historiadores profesionales podrían tratar de masificar la práctica de la investigación mediante la capacitación adecuada de los legos y aficionados. Aquí podría encontrarse una eventual cooperación fructífera con las organizaciones populares. Este tipo de experiencias se encuentran muy desarrolladas en algunos países y corresponden a lo que en los Estados Unidos llaman "public history" y en Inglaterra los "history workshop".

Una propuesta de profesionalización de la historia tiene que tornar en consideración el fenómeno de internacionalización de la investigación en ciencias sociales. En la actualidad el interlocutor de cualquier científico social ya no es su vecino de oficina, sus colegas de universidad o sus connacionales en general, sino cualquier otra persona, especialista o lego, interesada en la misma temática. Ya no es posible mantener nuestras investigaciones en aldeano recogimiento.

Una sana consecuencia de la internacionalización de la práctica de las ciencias sociales y de la crisis de sus grandes paradigmas es que se ha abierto un espacio para el pensar libre y para la imaginación creativa. A pesar del nuevo dogmatismo neoliberal, ya no hay marcos, teóricos y programas políticos de carácter universal y verdadero a aplicarse automáticamente a la realidad latinoamericana. Ahora se trata de entender nuestra realidad en sus propios términos en una perspectiva comparativa, que reconozca la pluralidad de los caminos evolutivos. Frente a las distintas corrientes de interpretación de la ciencia social legadas por los siglos XX y XX nuestra actitud como historiadores debe ser la duda, la crítica y un sentido pragmático de sacar provecho de sus respectivos aportes. Así, el primer desafío que enfrentamos los historiadores centroamericanos es desarrollar la investigación empírica sustentada en fuentes primarias. Sería equivocado creer que estamos proponiendo una vuelta a la historia tradicional antiteórica y pobre metodológicamente. Se trata más bien de convertir los conceptos y las teorías en meras hipótesis plausibles o en provisorios esquemas de clasificación de la información empírica y de intervenir con criterio independiente en las polémicas internacionales de la disciplina y de interpretar nuestros datos a la luz de esos debates y con amplio uso de nuestra imaginación.

Es cierto que para alcanzar la meta de la profesionalización de los estudios históricos se requieren algunas inversiones en la capacitación de nuestros recursos humanos. Por ejemplo, tenemos que admitir que ya no se puede ser un investigador en ciencia social a cierto nivel si no se tiene al menos el dominio instrumental de la lengua franca de nuestro tiempo: el inglés. De igual manera, la participación en la comunidad internacional de la investigación en ciencias sociales exige determinadas condiciones de tipo material y técnico. Hay que tener dinero para poder asistir a eventos académicos internacionales, para realizar investigaciones en archivos y bibliotecas extranjeros y también para poder disponer del equipo electrónico que hoy se utiliza para coleccionar, procesar y transmitir información.

Evidentemente, la propuesta de profesionalización de la historia se inserta en las

corrientes actuales de secularización del mundo y de pérdida de vigencia de los principios méta-históricos, fenómenos asociados con la noción de posmodernidad. Vivimos en un mundo relativo en el que el único aparente absoluto es la imposibilidad de superar el sistema capitalista por las vías conocidas. Por otra parte, la democratización y la magificación de las sociedades contemporáneas han reducido los espacios para lo sagrado en la vida social. Aunque han resurgido vigorosamente los fundamentalismos religiosos y el nacionalismo, es cierto que en buena parte del mundo hacer de la nación un objeto de adoración parece algo totalmente anacrónico. En Centroamérica, este asunto es particularmente crítico puesto que debemos reconocer que no es nada evidente que estos países puedan ser estados-naciones viables en las nuevas condiciones de internacionalización de la economía mundial. En suma, no parece tener mucho sentido fomentar el amor a una patria cuya existencia cultura es dudosa o discutible. De igual manera, el fracaso de las revoluciones del siglo XX y la desaparición de los sujetos revolucionarios ha dejado sin base a aquellos que pensábamos que la historia como disciplina se debía poner al servicio de las causas del pueblo.

No obstante, es posible asumir la situación actual con una óptica optimista. En mi opinión es positivo que la historia abandone toda función mesiánica de portavoz de determinados sujetos y adopte una postura de crítica y de desmitificación de las prácticas y los discursos de la vida social. Posiblemente, hoy lo único que puede hacer el historiador ya no es difundir creencias seculares sino sembrar dudas sobre ellas, utilizando los métodos de la ciencia. La idea que Marx se hacía de su proyecto tiene plena actualidad para la historia: consagrarse a "la crítica despiadada de todo lo que existe". Aunque el prejuicio es consustancial a la vida social, tal vez, corresponda a la historia y a las otras ciencias sociales su crítica sistemática en los tiempos posmodernos; o como diría un teórico de la posmodernidad debemos "investigar los supuestos implicados en la modernidad". Tal función teórica es quizás una tarea terapéutica porque debemos intentar averiguar el por qué de nuevos fracasos, la razón del incumplimiento del programa emancipador ilustrado poco importa su vertiente, liberal-democrática o socialista-popular.

De igual manera, la historia puede encontrar un lugar en las tendencias hacia la democratización, el relativismo y el pluralismo en el mundo actual. En tal contexto pareciera que, todos los sujetos tienen el derecho, indagar sobre su pasado: las clases subalternas y no sólo las clases dominantes, las mujeres y no sólo los hombres, las a veces mayoritarias minorías étnicas o de otro tipo y no únicamente las mayorías y las personas normales, las regiones periféricas y no sólo las centrales y hegemónicas, los asentamientos locales y no solo los espacios nacionales, las pequeñas opresiones y no solo las grandes, el crimen cotidiano y no solo las matanzas masivas, las pequeñas luchas y no solo los heroísmo grandiosos, en fin las pasiones, los deseos y los sentimientos y no únicamente las ideas y las abstracciones.

El primer requisito sería renunciar a considerar los espacios nacionales como

exclusivo objeto de estudio. En Centroamérica existen múltiples realidades sociales e históricas que se traslapan con los espacios nacionales. También sería necesario el desarrollo sistemático de la historia comparativa en el espacio, centroamericano, la que nos permitirla determinar más adecuadamente la proclamada particularidad de cada uno de nuestros países. En otros casos será necesario considerar Centroamérica como la propia unidad de estudio pues la naturaleza del tema así lo exige. Por supuesto, no se trata de reinventar a escala centroamericana las viejas historias nacionales. En este sentido, tenemos que insertar nuestra historia en la de América Latina.

La historia centroamericana tiene que tratar de encontrar una nueva forma de relación con las otras ciencias sociales. En primer lugar, los historiadores debemos abandonar nuestras reticencias para estudiar la historia reciente. Por otra parte, podemos proponer a los colegas de las otras disciplinas humanas los resultados de nuestros análisis empíricos del pasado como contexto tanto para sus esquemas teóricos como para sus explicaciones sobre el momento presente. Los historiadores no debemos ser más simples usuarios de las teorías de los otros científicos sociales sino que debemos ensayar nuestras propias generalizaciones. En fin, los historiadores ya no podemos pretender tener derechos de llave en el estudio del pasado.

Nada de esto será posible si no se establecen mecanismos de cooperación académica regional. Debemos crear una comunidad de personas dedicadas a la investigación histórica sobre Centroamérica en su conjunto y tal comunidad debe estar articulada con la comunidad internacional de especialistas sobre Centroamérica. ¿Por qué no sería posible que los centroamericanos nos estudiáramos los unos a los otros del mismo modo que lo hacen europeos y norteamericanos con todos nosotros?

Aunque la historia no tenga ya una misión política específica e inmediata, el interés por el pasado es intrínseco a cualquier interrogación sobre la propia identidad. Así, es posible que surjan demandas y nuevas formas de comunicación de esta disciplina con un público más amplio. La historia como propaganda va a persistir tanto porque siempre habrá colegas, diletantes o profesionales, atraídos por la efímera notoriedad que ella brinda como porque ideólogos y políticos siempre necesitarán los mitos del pasado para formular legitimaciones convincentes.

Queda por resolver el problema de la enseñanza de la historia en los sistemas de educación formal, actividad que desde hace mucho tiempo se encuentra obsoleta y representa para niños y adolescentes la más aburrida y la más absurda de todas las materias. En la actualidad los estadios y las pantallas de televisión cumplen más adecuadamente la otrora sagrada función de la historia como mentora del patriotismo.

El historiador no es sólo un especialista pues es también un educador, un universitario, un intelectual y un ciudadano. En ese sentido, por menos mesiánicos que sean sus sentimientos siempre tendrá que asumir sus responsabilidades ciudadanas y no sólo por altruismo sino también por pura sobrevivencia.